



CAPÍTULO XVI

LOS SANTOS Y LAS ALMAS DEL PURGATORIO

I

UN santo; y ¿qué entendemos por un santo? Esta es una pregunta que no puede contestarse sino poniendo los ojos en Dios Nuestro Señor, en su bondad infinita, en el poder de su brazo y en las maravillas de la divina gracia.

Un santo; y ¿quién le ha hecho santo? Bendito sea el Dios y Padre de Nuestro Señor Jesucristo, dice San Pablo, que nos ha colmado en Cristo de toda suerte de bendiciones espirituales del cielo, así como por él mismo nos escogió antes de la creación del mundo para ser santos y sin mancha en su presencia, por la caridad, habiéndonos predestinado al sér de hijos suyos adoptivos por Jesucristo; á gloria suya por un puro efecto de su voluntad para que se celebre la gloria de su gracia, mediante la cual nos hizo

gratos á sus ojos en su querido Hijo (1). ¡Qué palabras de amor y tan llenas de dulzura! ¡Con qué espontaneidad é indecible consuelo salen de nuestros labios las alabanzas más tiernas para bendecir á Dios Nuestro Señor por su buena voluntad para con nosotros!

Al pensar los santos en la elección de que habla el Apóstol, y al verse colmados de las bendiciones de los cielos, se humillaban hasta el fondo de su nada; conocían que les era indispensable trabajar con todo empeño á fin de adelantar cuanto pudiesen en el camino del Señor, y no olvidaban un punto: que debían glorificar en todas sus obras al Padre celestial.

La predestinación al sér de hijos adoptivos de Dios, la buena voluntad de Dios para con ellos, eran poderosos motivos para que los santos anduvieran siempre con la más profunda humildad en la presencia del Señor. No habían sido ellos los primeros en amar á su Dios; Él era quien les había amado primero; no le habían elegido, mas Él los había elegido antes de la creación del mundo para sus santos, y les había predestinado para que fuesen sus hijos adoptivos.

Les había, pues, amado desde la misma eternidad, porque un padre ama á sus hijos. Desde entonces había determinado colmarles de gracias en Jesucristo Nuestro Señor. Ellos entonces no existían, ni tenían méritos ningunos que

(1) Ephes. I, 3-6.

obligasen la bondad de Dios para con ellos; mas ved cómo la voluntad dulcísima de Dios, llena de benignidad y de clemencia, se complace en ellos con amor inefable y con una misericordia que no podemos comprender.

Á la vista de tales maravillas del amor divino, ¿dejarían los santos de humillarse más y más delante del Señor? De ninguna suerte, pues la humildad hacía que se hundieran hasta el abismo de su propia nada, y les dejaba como aniquilados en la presencia del Señor; mas en ese instante se volvían á su Dios y pensaban de nuevo en su bondad infinita que venía sin tardanza en su auxilio. Nada podían por sí mismos, y esto no lo ignoraban; pero en Dios tenían su fortaleza, y por esto no se desalentaban ni caían en la inacción, sino al contrario, trabajaban sin descanso en el servicio divino. El amor de Dios para con ellos y las preciosas gracias con que se había dignado enriquecerles, teníanlos por todo extremo obligados á ser enteramente suyos. De aquí nacían el constante y decidido empeño con que en todas sus obras procuraban agradarle. No rehusaban ningún sacrificio ni esquivaban trabajo ninguno. ¿Qué importaba que el demonio les combatiese con todos sus furores, y que el mundo y las pasiones les hicieran cruda guerra? Cubríanse los santos con la armadura de Dios; resistían con denuedo y constancia; negábanse á sí mismos; y si la desconfianza ó bien la tristeza se acercaban á su corazón, los santos volvían los ojos á su Dios

querido y le recordaban sus misericordias y le pedían su divino auxilio.

Tal ha sido siempre, tal es la vida de los santos. Animados por el espíritu de Dios, no quitan sus ojos de la bondad divina, y en ésta encuentran todas sus delicias. Dios les ama; no desconocen ni llegan á olvidar los grandes testimonios que se ha dignado darles de su amor divino. Siempre está con sus santos, sus hijos predilectos, aquel amorosísimo Señor. ¿Podrán comparar el amor que les tiene y las santas delicias en que les inunda, con el amor y las delicias que el mundo les puede ofrecer? El mundo es para ellos un objeto de horror, y lo aborrecen con todas sus fuerzas, porque pretende separarlos de la fidelidad que deben á su Dios; porque el mundo sólo tiene miserias y pecados, engaño y vanidad.

Los santos hacen lo mismo con respecto á sus pasiones: las aborrecen y ven en ellas su mayor peligro, y siempre están sobreaviso para evitar sus engaños; las resisten y hacen cuanto pueden para reprimirlas. Desde este punto de vista la vida de los santos es admirable, encantadora. ¡Cuánta es su fortaleza, con qué denuedo y constancia se portan en todos sus combates, y con qué alegría tan santa pelean por la gloria de Dios! No piensan solamente en su propia santificación; piensan en la gloria de su Dios querido. Si son fieles al Señor, en ellos su Majestad será glorificado; y ante esta consideración ningún obstáculo les llega á detener en

su camino. Busco la gloria de mi Dios querido, dirá en su corazón cada uno de ellos, y trabajo por su santa causa; Él es mi amor; Él me ha elegido para que fuese santo, y yo he de complacerle: esta es mi dicha, y esta la única gloria que busco en la vida.

La gloria divina anima y sostiene el corazón de los santos; todo lo contemplan desde este punto de vista, y á esta gloria encaminan todas sus acciones; cuanto es dable se olvidan de sí mismos y trabajan con todas sus fuerzas por aquella gloria, y de aquí la elevación y la nobleza de sentimientos y aquellas obras verdaderamente admirables que realizan en el mundo, su abnegación perfectísima y sus virtudes verdaderamente angelicales.

Los santos: dignos son de nuestro culto; lo que acabamos de decir lo ha demostrado. Admiramos su grandeza y bendigamos á Dios Nuestro Señor; imploremos el auxilio de estos grandes servidores del Altísimo, que llenos de caridad para con nosotros no verán con indiferencia los males que sufrimos, y pudiendo tanto con sus ruegos delante del Señor, al invocarles, sin duda abogarán por nuestra causa.

Los santos: imitemos sus virtudes. ¡Oh, cuántos motivos tenemos para hacerlo! Allí está la salvación de nuestras almas, que es el más importante de todos los negocios que tenemos que arreglar en esta vida, y no nos salvaremos si caminamos por distintas sendas de aquellas que recorrieron los siervos de Dios. Si son estre-

chas, no hay otras que nos lleven al cielo; y si son pocos los que por ellas caminan, procuremos ser de ese reducido número, que de nada podrá aprovecharnos ganar todo el mundo si perdemos nuestra alma.

El camino de los santos es de gloria, de paz y de consuelo. De gloria, porque es de abnegación y sacrificio; porque exige los más levantados esfuerzos, y al andar por él hállase el hombre penetrado de los sentimientos más nobles, y sus aspiraciones son elevadas y grandiosas, y en verdad muy dignas del destino que el Señor le ha señalado. El sufrimiento y la paciencia en todas las adversidades de la vida, y el valor y la constancia con que los santos dominan sus pasiones, bien nos descubren cuánto les elevan sobre los héroes que el mundo ensalza hasta las nubes. Es mejor el varón sufrido que el valiente, y quien domina sus pasiones que el que conquista ciudades (1).

Los santos en su conducta, de acuerdo siempre con sus deberes, no tienen de qué avergonzarse, como los que siguen la ignominia del pecado. Todo en aquéllos está en el orden más perfecto, y por esto en su corazón reina la paz y pueden decir con David: Tus consuelos han llenado mi alma (2), consuelos que aumentan cada día en la misma proporción que su fidelidad, y que les descubre en lontananza los que

(1) Prov. XVI, 32.

(2) Ps. XCIII, 19.

Dios les tiene preparados en el cielo, donde inundará sus almas en el torrente de las eternas delicias, mostrándoles la luz bellísima, luz que nunca se extingue, y hará que con dulzura inefable descansen en el seno del amor eterno.

II

Tratemos ahora de una de las más hermosas devociones que la Iglesia nuestra Madre quiere que practiquemos de una manera muy señalada. Tal devoción consiste en rogar por las benditas almas del purgatorio.

En la Escritura divina hallamos las siguientes palabras: Es un pensamiento santo y saludable el rogar por los difuntos, para que sean librés de sus pecados (1). Dios, las benditas almas del purgatorio y nosotros mismos; estos son los tres puntos de vista desde los cuales tendremos que contemplar la hermosura y los encantos de la devoción de que hablamos.

Dios. Estamos en el mundo á fin de servir á la divina gloria, y esto por cuantos medios estén á nuestro alcance, y esto porque Él es sér de los seres; por su adorable grandeza, por su bondad infinita, por ser nuestro supremo Creador, en quien vivimos, nos movemos y existimos; porque Él derrama sobre nosotros innumerables beneficios y, en fin, por nuestra mis-

(1) Machab. XII, 46.

ma dicha, que está cifrada en servirle y amarle. Ahora bien, servimos á esa gloria rogando á Dios por los difuntos y ofreciéndole nuestras buenas obras por el alivio y descanso de las almas que están detenidas en el purgatorio; pues tales almas, dice el Concilio de Trento, reciben alivio con los sufragios de los fieles, y en especial con el santo sacrificio de la misa (1).

Esas almas, al subir á la gloria, cantarán al Dios Altísimo, uno en esencia y trino en personas, el himno del amor eterno, y llenarán de gozo á los ángeles y santos del paraíso celestial; ¿por qué, pues, no hacer lo que podamos á fin de que cuanto antes resuenen en el templo de Dios nuevas alabanzas que glorifiquen el nombre del Señor con las bendiciones y el amor dulcísimo de esas almas, que vivirán para siempre en su dichosa compañía?

Las almas que padecen en el purgatorio son muy amadas de Dios Nuestro Señor; las predestinó para el cielo desde la misma eternidad, y teniales desde entonces preparadas gracias especiales que obrarían en ellas la santificación. ¡Con qué amor y complacencia las veía el Señor en su divina mente!—El Hijo de Dios tendría que derramar por ellas su preciosa sangre y habrían de ser para siempre las esposas del Espíritu divino; mas el que ama quiere el bien de su amado; siendo esto así, ¿Dios no querrá para esas almas el bien mayor de que

(1) Sess. XXV.

son capaces, las delicias eternas de la gloria?— Sí lo quiere, pues á este fin ha encaminado toda la economía de su divina providencia para con ellas; sin embargo, entre las mismas y el Dios que tanto las ama se levanta un muro de triste división. Todavía el Padre no llega á decirles: Mostradme vuestro rostro porque es muy hermoso, ni el Hijo las alumbrá con la luz de su gloria, y el Espíritu Santo aún no les concede sus beatíficos abrazos. ¿Por qué no derribar ese muro que así separa al Creador de sus amadísimas criaturas? Roguemos, pues, por las que ya son esposas de Dios Nuestro Señor; ofrezcamos por ellas el santo sacrificio de la misa, nuestras penitencias y oraciones, y apliquemos en sufragio de las mismas todas las indulgencias que podamos, y estemos ciertos de que tales obras son muy agradables á los ojos del Señor.

Dios ama con singular y tiernísimo cariño á las almas de que hablamos; mas Él es una pureza infinita y su justicia es santidad por esencia; ¿por qué no hacemos lo que es de nuestra parte para que el río de las misericordias divinas descienda al purgatorio á fin de dar alivio y refrigerio á las almas que allí padecen tan terriblemente?

Y nuestras oraciones y sufragios harán lo que decimos, y esas almas saldrán del lugar en que tanto han sufrido, más brillantes que el sol y rebosando de gozo inefable.

Más quiere Dios la misericordia que el sacri-

ficio, y la misericordia triunfa sobre el juicio. ¡Qué contento no daremos en esto al Señor Altísimo que se llama Padre de las misericordias y Dios de todo consuelo! Y esto debe ser más que suficiente para nosotros á fin de dedicarnos con todo nuestro afecto á una obra que es tan agradable á los divinos ojos.

La muerte, que aleja de nosotros las almas de nuestros hermanos, no llega á romper los preciosos lazos de la caridad que aquí en la tierra nos ligaban con ellos. Jesucristo es la cabeza del cuerpo de su Iglesia paciente, triunfante y militante, y nosotros miembros somos de ese cuerpo santísimo. Ahora bien, Dios ha querido que los miembros del cuerpo tengan la misma solicitud unos de otros, y si en un cuerpo un miembro padece, dice el Apóstol, todos los miembros se compadecen, y si un miembro es honrado, todos los miembros se gozan con él (1); ¿por qué, pues, no habríamos de tener la solicitud más tierna y amorosa para con esas almas que pertenecen á Jesús? ¿Por qué les negaríamos la compasión que naturalmente nos inspiran sus grandes sufrimientos? ¿Por qué retardar el honor y la gloria de Jesús, y lo que en esto también nos corresponde, no haciendo nada en beneficio de esas almas tan queridas del Señor? Nos llegan desde el purgatorio los más lastimeros y sentidos ayes del dolor, que pueden conmovér las mismas piedras: Apia-

(1) I. Cor. XII, 25, 26.

daos de nosotras, apiadaos de nosotras, á lo menos los que sois nuestros amigos. Así nos hablan las benditas almas que tanto sufren en el lugar de la expiación; ¿seremos insensibles á sus ruegos, y sus tristísimos lamentos dejarán de conmover nuestras entrañas? Tal vez entre esas almas existirán algunas que acá en la tierra estuvieron unidas con nosotros con los más estrechos y sagrados vinculos; pensemos en nuestros padres y hermanos, en nuestros amigos y bienhechores, y, en fin, en los que hubimos amado durante su vida. ¿Tan pronto hemos cambiado con aquellos seres que en otro tiempo recibieron de nosotros tantas pruebas de amor? ¿Á este sentimiento tan noble y generoso han llegado á sustituir la triste indiferencia y el olvido? Apiadémonos, pues, de los difuntos y roguemos por ellos al Señor.

Con la medida que midjereis seréis medidos, nos dijo el divino Jesús (1); si no hacemos cosa alguna á fin de aliviar á las benditas almas en sus penas, ¿habrá quien lo haga por nosotros al hallarnos en el purgatorio? Nuestro propio interés reclama, por lo mismo, que roguemos á Dios Nuestro Señor por los difuntos.

Aún hay otro interés más noble y sagrado. Lo que hicisteis con uno de estos mis más pequeños hermanos, conmigo lo hicisteis, dirá Jesucristo el día del Juicio á sus elegidos (2). Este

(1) Math., VII, 2.

(2) Math. XXV, 40.

es uno de los más poderosos motivos que nos inclinan á ser compasivos con las almas del purgatorio; honramos á nuestro dulcísimo Señor, le servimos y, si pudiéramos decirlo, aliviarnos sus padecimientos; pues esto hacemos con esas almas que le son tan queridas. Este es un verdadero consuelo, un gozo indecible para nosotros: complacer y servir á Nuestro Señor dulcísimo rogando por los fieles difuntos, y Jesucristo no dejará sin recompensa esas nuestras buenas obras, pues Él nos dijo: Dichosos los misericordiosos, porque ellos alcanzarán misericordia. Dijo también Su Majestad: Cualquiera que diese de beber á uno de estos pequeños un vaso de agua, sólo por razón de ser mi discípulo, en verdad os digo que no perderá su recompensa (1).

Volvamos, pues, con frecuencia nuestros ojos al purgatorio, pensemos en los grandes sufrimientos de las esposas del Señor que allí se encuentran, y roguémosle para que cuanto antes queden libres de sus penas y entren en la morada eterna de los justos.

¡Oh amable y piadosísimo Jesús, Rey de la gloria! libra á las almas de todos los fieles difuntos de las penas que sufren y del lago profundo; libralas de la boca del león; no las absorba el Tártaro; no permitas que caigan en la región de las tinieblas, mas llévalas el glorioso príncipe Miguel á las mansiones de la luz eter-

(1) Math. X, 42.

na. Te ofrecemos por ellas la hostia inmaculada y nuestras humildes preces; tú recíbelas, oh Señor, por aquellas almas, y haz que pasen de la muerte á la vida. Brille para ellas la eterna luz de la gloria; porque tú eres piadoso, oh Señor nuestro y fuente inagotable de piedad y gracia.



SEGUNDA PARTE

LAS VIRTUDES CRISTIANAS